

CHILE

HOY

ENTREVISTA EXCLUSIVA



VUSKOVIC: Su propia versión

(págs. 32-30)

EMPRESA DE TRABAJADORES

DEBATE DEL MOMENTO

PDC

RAZONES PARA UN CAMBIO



Comité Editor: Jaime Berrios, Theotonio dos Santos, Pío García, Merta Hernecker, Rui Mauro Marini, Alberto Martínez y Enrique París.

Directora: Merta Hernecker.

Subdirector: José Manuel Quijano.

Jefe de Redacción y Editor Nacional: José Cayuela.

Editor Internacional: Alfonso Varela.

Editor Económico: Gustavo González.

Editor Cultural: Darío Carmona.

Redactores: Germán Marín, Jorge Modinquer,

Augusto Olivares, Víctor Vaccaro, Faride Zerán

Editor Gráfico: Armindo Cardoso.

Diagramador: Pablo Goldenberg.

Ayudante de diagramación: Luis Miriça.

Dibujantes: Oski, Pajomo, Sergio Hernecker.

Gerente Administrativo: Daniel Vieira.

Jefe de Avisos: Francisco Arancibia.

Jefe de Circulación: Raúl Valles.

Archivo: Vania Steigleder.

Secretaría: María Contardo.

Ayudantes Administrativos: José Amigo y Ricardo Correa.

Directora Responsable: Merta Hernecker.

Avenida Italia 654. Teléfono 743681.

Chile HOY es una publicación semanal, editada por Chile HOY Ltda., impresa en los talleres gráficos de Quimantú. Precio del ejemplar 10 escudos.

Los artículos que llevan la firma de su autor, son de su exclusiva responsabilidad.

Chile HOY admite la reproducción total o parcial de sus artículos si se cita la fuente.

LAS RAZONES DE UN ACUERDO

Luego de prolongadas conversaciones la Unidad Popular y la Democracia Cristiana —principal partido de oposición— han llegado a un acuerdo. Mucho se especula sobre el contenido del mismo.

Los tres comentarios que se ofrecen en estas páginas enfocan, desde distintos ángulos, el controvertido problema de la procedencia o improcedencia de los acuerdos entre gobierno y oposición.

¿A DONDE VA LA DC?

Por Marta Harnecker

CON independencia del contenido exacto de los acuerdos en los que la Unidad Popular no transa la constitución del área social, punto fundamental de su programa, no cabe duda de que este paso dado por la Democracia Cristiana implica cambiar el rumbo de su oposición al gobierno. Ello explica las reacciones extremadamente negativas de sus aliados y de las propias bases demócratacristianas. Se sabe que Renán Fuentealba empieza a ser cuestionado por ciertos sectores de su partido.

Este viraje de la DC tiene asombrado al país. Muchos se preguntan: ¿por qué toma la DC esa actitud justamente en el momento en que el gobierno aparece deteriorado ante la opinión pública, mientras la derecha demuestra estar en un proceso de fortalecimiento? ¿Acaso no era mejor crear el impasse en el Congreso, obligando moralmente al gobierno a tomar el camino del plebiscito?

Después del triunfo del gobierno popular parecería ser que la estrategia de la DC, a diferencia de otros sectores de la derecha, hubiera estado orientada fundamentalmente a reconquistar el gobierno en 1978 y que para ello le era preciso mantener sus cuadros medios en la Administración Pública, asegurar la "libertad" de propaganda y unirse con el Partido Nacional para fortalecer la oposición y frenar la marcha de este gobierno; pero al mismo tiempo conservar su imagen populista.

Ahora bien, ¿cuál ha sido hasta entonces el resultado de esta política de alianza con la extrema derecha?

Desde el punto de vista electoral ella ha favorecido sin duda a la oposición en su conjunto. Sin embargo, es probable, como lo indica la reciente elección de autoridades en la Universidad de Chile, que el fortalecimiento de la oposición se haya realizado en detrimento de la DC. Algunos demócratacristianos se preguntan si esta política no llevaría a que Jarpa y no Frei obtuviera la primera mayoría en Santiago en las elecciones del 73.

Por otra parte, esta política de oposición cerrada al gobierno ha agudizado la lucha de clases en el país, creando condiciones que podrían terminar en un enfrentamiento violento. Esto implicaría, cualquiera fuese su resultado, el fin de la estrategia de la DC y, por lo tanto, la pérdida definitiva de su posibilidad de conducción política, cuando las elecciones de la OUT parecen indicarle que puede esperar tranquila los futuros comicios.

En este contexto general, estimamos que acuerdos con la UP, en los que la Democracia Cristiana aparece retrocediendo en su ofensiva contra el gobierno, no pueden ser interpretados como un viraje a la izquierda de ese partido, sino que parece ser más bien

una forma de ganar tiempo manteniendo el régimen democrático burgués, único terreno en el cual su partido puede imponer su política, y apareciendo con una cara marcadamente progresista, lo que le permitiría aumentar su apoyo popular, constituyéndose en la única alternativa democrática para las elecciones del 76.

No es extraño entonces que el presidente de la DC, el senador Fuentealba, insista en sus declaraciones públicas en que los acuerdos con la UP no implican que el PDC deje de estar en la oposición.

No cabe duda de que los acuerdos tienen también un significado positivo para la Unidad Popular. Sin transar el programa se logra por una parte, romper el bloque de oposición liderado hasta entonces por los sectores más ultraderechistas y, por otra parte, crear contradicciones en el seno de la DC.

Todo acuerdo implica un desafío, por lo tanto, simultáneamente lucha, y esta lucha deberá darse en el seno de las masas. ■

SOBRE LOS COMPROMISOS

Por Huamán Poma

PARA un partido marxista, los compromisos deben ser considerados no sólo como una posibilidad, sino como una necesidad absoluta. Ello resulta del carácter fundamentalmente alternativo de la política, pero también, sobre todo, de la diversidad interna que es connatural a toda formación social. Lenin dice que el capitalismo dejaría de ser capitalismo si existiera un proletariado "puro" que no estuviera rodeado de semiproletarios, pequeños campesinos, medios, etc., y si no existieran niveles diferentes de conciencia en el seno del propio proletariado.

"De todo esto se desprende imperiosamente la necesidad —una necesidad absoluta— para la vanguardia del proletariado... de recurrir a la maniobra, a los acuerdos, a los compromisos con los diversos grupos proletarios, con los diversos partidos de los obreros y de los pequeños patronos."

Ahora bien, las recientes conversaciones de la Unidad Popular con la Democracia Cristiana plantean por consiguiente no la legitimidad de los compromisos en general (puesto que la propia UP es en cierto sentido un compromiso), sino las condiciones en que una negociación o compromiso pueden servir para enriquecer un movimiento y no para distorsionarlo.

Se nos ocurre que lo importante en esta materia es tener conciencia de que el margen de la maniobra está dado por el grado de rigor del sujeto político que negocia. La vanguardia del proletariado puede negociar considerablemente con las otras clases y con los partidos de las otras clases, pero podrá hacerlo con más extensión y eficacia en la medida en que sea más verdaderamente una vanguardia. Si ya ha llegado a adquirir la condensación y la coherencia de una vanguardia, estará en condiciones de soportar los cambios en la táctica (a veces súbitos) que suelen ser necesarios para una adecuada conducción política. Los bolcheviques podían darse el lujo de negociar la paz de Brest-Litovsk, porque detrás de ellos estaba toda la Revolución Rusa, podían retroceder mucho temporalmente porque ya habían avanzado mucho definitivamente.

Lo que aquí interesa es ver hasta qué punto una negociación semejante no acabará por afectar la construcción interna del instrumento revolucionario de las masas en Chile, que debe ser la UP.

Para el debido análisis de este problema es aconsejable tener una perspectiva del proceso chileno tanto en el lado de su fuerza o coherencia como en el lado de su debilidad. Chile, por ejemplo, tiene una clase obrera relativamente más extensa que muchos otros países latinoamericanos. Chile tiene partidos de izquierda bastante bien estructurados y amplios. Las masas chilenas no se movilizan en torno a objetivos democrático-burgueses en su conjunto, porque en muchos casos ya los han logrado, sino que van más allá. Pero,

por otra parte, puesto que el poder político (lo que se tiene de poder político) se ha logrado por medio de una suerte de exasperación de las formas democráticas tradicionales, también hay la tentación de pensar que el poder revolucionario pueda adquirir asimismo su volumen final por esa vía. Es el éxito de la manera tradicional de la política lo que puede pretender su prolongación hacia el poder revolucionario.

Porque así como es indiscutible que la repulsa en abstracto de los acuerdos y las negociaciones pertenece a una jerga ultrista, así también es verdad que algunos movimientos populares que acudieron a los compromisos para acelerar su ritmo, terminaron sin embargo entregando su ritmo al carácter de sus compromisos. Es indudable que, aún dentro del mismo movimiento popular, no hay una visión idéntica acerca del valor de las negociaciones.

Buscar en los compromisos sustitutos eficientes para la movilización de las masas y la construcción de la vanguardia proletaria sería por lo menos una evasión. Pero, en cambio, las negociaciones deben servir para paralizar a la ofensiva de la Derecha y proseguir el curso de la movilización de las masas, que es el único camino evidente para el triunfo de la revolución chilena.

LA DC Y LA BURGUESIA

Por Ruy Mauro Marini

LAS posibilidades de un acuerdo político entre la Unidad Popular y la Democracia Cristiana, que se han dibujado en los últimos días, plantean una serie de interrogantes. El reacomodo de las relaciones de clases en que tendría necesariamente que apoyarse ese acuerdo, sus alcances políticos y sus proyecciones, sus perspectivas de estabilidad, tales son algunas de las cuestiones que preocupan actualmente a los políticos y a los estudiosos del proceso chileno.

En realidad, un elemento central para encaminar la discusión de esos problemas es la caracterización de la Democracia Cristiana. Pareciera ser que su desempeño en el gobierno, las escisiones que desde 1967 han apartado de ella a sectores radicalizados de la pequeña burguesía y fracciones de su base popular, la oposición que, con distintos matices, ella viene haciendo al actual Gobierno —todo esto la habría definido claramente como un partido burgués y, para algunos como el partido de la burguesía. Sorprende así verla revitalizada, practicando una política y un lenguaje cuyo corte reformista va más allá de lo que se puede normalmente esperar de un partido de esa naturaleza.

Se ha dicho ya que existen burguesías inteligentes y burguesías que no lo son. La tentación suele a veces ser la de incluir a la burguesía chilena en el primer grupo y cerrar la discusión. Pero evidentemente la cuestión es más de fondo. Podremos abordarla por la relación entre las clases sociales y su representación política.

Esa relación no es siempre de identidad. La dominación burguesa sobre los medios de producción no implica necesariamente el ejercicio directo del poder político. Es conocido el análisis de Engels a propósito de Inglaterra, donde el compromiso que la burguesía establece con la nobleza feudal la llevó a delegar en ésta el papel dirigente en el aparato del Estado. En consecuencia, las funciones partidarias que tienen que ver con la formación de cuadros y la gestión política de los intereses de la clase burguesa pasaron a ser desempeñadas por otra clase, en beneficio de la primera, es decir, en beneficio de la dominación *real* del capital sobre el trabajo.

Así como el fenómeno se puede dar *hacia arriba*, mediante un compromiso de la burguesía con la antigua clase dominante, se puede dar también *hacia abajo*, a través de un compromiso con la pequeña burguesía. No sería aventurado decir que éste es el caso de Chile. A través de las luchas desarrolladas principalmente después de los años veinte, la pequeña burguesía chilena logra no sólo

hacerse un lugar en la escena política del país sino que se impone hasta cierto punto como gestora de los intereses de la burguesía. La actuación de CORFO desde su creación es un buen ejemplo de ello.

Esto podría explicar en cierta medida que la política del partido burgués por excelencia —la Democracia Cristiana— no corresponda siempre a los intereses *inmediatos* de la clase burguesa. Hecho constatable hoy día cuando confrontamos los planteamientos de la directiva demócratacristiana con los que emiten las asociaciones patronales del tipo de la SOFOFA, ASIMET, Confederación de Producción y Comercio. Las diferencias que allí aparecen se podrían poner a cuenta del relativo margen de autonomía existente entre la clase social y su representación política.

Por válida que sea esta explicación, ella es a todas luces insuficiente. Primero, no nos dice *por qué* se produce ese relativo divorcio entre representantes y representados; segundo, no indica *cuál* es el contenido de la política en discusión; finalmente, deja sin solución el problema de saber si esa política responde o no a los intereses fundamentales de la clase.

El tema es muy vasto para agotarse aquí. Señalemos tan sólo algunos elementos para la discusión.

El hecho de que la autonomía relativa de una dirección política se traduzca en una relativa oposición entre ella y su base tiene que explicarse siempre a partir de lo que pasa en esa base. Son las contradicciones que se pueden dar entre distintas fracciones de la burguesía las que no sólo inducen formulaciones políticas divergentes a nivel de su dirección, sino que, al revestir un carácter más agudo, les impide resolver las contradicciones a nivel de la clase y somete a ésta al arbitraje de sus dirigentes.

Dicho en otras palabras: la fuerza de una dirección, si se refiere a su base, es siempre un resultado de la debilidad de esa base y es también, por ello mismo, debilidad hacia las demás clases a que ésta se enfrenta. En esta perspectiva, la vitalidad reformista de la Democracia Cristiana oculta en realidad concesiones hacia sus adversarios, y es esto lo que provoca la rebelión de sus aliados de oposición y de las organizaciones patronales.

Por otra parte, una política de concesiones no responde nunca a los intereses inmediatos de la clase, aunque sí pueda estar referida a sus intereses más profundos, más estratégicos. La fórmula "perder los anillos para no perder los dedos" expresa esa situación. ¿Sería el caso de la Democracia Cristiana hoy? Desde luego, ella lo cree así, cuando justifica sus conversaciones con la Unidad Popular afirmando que impide con ello el enfrentamiento social.

El hecho de que ella no haya podido convencer de esto a sus aliados nacionales y a su base social, y, aún más, las divergencias que se verifican en el seno mismo del partido indican que la opción de la directiva demócratacristiana puede estar todavía sujeta a un cuestionamiento. Pareciera ser que la ausencia de Eduardo Frei (cuyo único pronunciamiento en el exterior sobre la materia ha sido más bien negativo hacia la política de la mesa directiva, aunque sin jugarse a fondo contra ella) al mismo tiempo que crea un mayor margen de maniobra para los negociadores, los deja también bajo una verdadera espada de Damocles.

Esa ausencia ha privado a los grupos patronales descontentos de un punto de referencia a partir del cual pudieran hacer cristalizar sus inquietudes y concretarlas en una alternativa política. Cualquiera que haya sido la intención del presidente de la SOFOFA al suspirar por un caudillo providencial, destinado a salvar a la burguesía de las penas a que ella se cree condenada, lo efectivo es que las distintas fracciones burguesas no disponen en este momento de otro liderazgo, que les entregue una perspectiva clara de acción. En estas circunstancias, no les va quedando, pese a sus forcejeos y protestas, sino someterse a la única dirección política de que disponen y esperar mejores tiempos para plantearse su reemplazo.

Hasta tanto, y no hablemos de plazos, la directiva demócratacristiana tendrá que aprovechar el *sursis* que se le da para llevar a cabo su tarea de convencimiento y convertir en fuerza política lo que no es ahora sino producto de la debilidad.

Vale la pregunta: ¿las fuerzas populares estarán dispuestas también a concederle un *sursis*? ■